

Mi amor por París comenzó por mi amor por la pensión Vaucaire, durante dos noches intensas de 1968. Lo recuerdo bien porque tenía yo catorce años y a esa edad los grandes acontecimientos quedan para siempre en la memoria. Ni siquiera es preciso que cierre los ojos para volver a ver a aquel que fui, sentado en el suelo, en el patio de la casa, leyendo aquella edición cubana de papel amarillo y letras pequeñísimas.

Mi amor por París casi coincide, pues, en el tiempo con mi amor por la literatura. *Pere Goriot* me descubrió dos lugares: una ciudad y un modo de entender la vida. Ambas pasiones me acompañan desde entonces.

Sin saberlo, me comporté como un poeta del siglo XIX, como aquel Juan Clemente Zenea y aquel Julián del Casal que veían en París “más que la capital de una nación, el centro de una estética” (la frase es de Octavio Paz).

Sí, es cierto, de algún modo comparto con un señor que no por gusto decidió llamarse Constantino Augusto de Moreas (el fracasado protagonista de *El bailarín ruso de Montecarlo*), su afrancesamiento, su decadentismo, su ingenuidad, su apasionamiento y su imposible aspiración de lograr tanto la invisibilidad como la libertad.

Sin embargo, yo he tenido más suerte que mi pobre personaje. Francia, París, me han dado dos de las más grandes alegrías de mi vida como escritor. A diferencia de Eugenio de Rastignac, París me ha mostrado su cara más amable.

En el año 2000 mi novela *Tuyo es el reino* fue seleccionada como la Mejor Novela Extranjera (premio compartido con *Pastoral*

*americana* de Philip Roth), homenaje que hasta entonces sólo habían recibido dos novelas cubanas: *Los pasos perdidos* y *Tres tristes tigres*.

Hoy, diecisiete años después, me honra esta Universidad con el premio “Lire en Sorbonne” instituido para conmemorar el Centenario del Instituto de Estudios Hispánicos. Si les digo que significa mucho más de lo que esperaba, quizá sospechen que soy falsamente humilde. Créanme: no es así. Siempre me ha sorprendido que a la felicidad de escribir se agregue la felicidad de ser reconocido y premiado. Que a la felicidad de escribir, se añada la felicidad del lector. Que me premie una institución como la vuestra, excede cualquier aspiración. Y lo que es más importante: ahonda la obstinación de continuar.

Gracias por este premio. Muchas gracias por tener en cuenta la novela de un personaje sin brillo que sólo aspiraba a la huida en busca de un lugar mejor donde vivir o quizá de morir. Gracias por devolverme la fe, que algunas veces, y como es inevitable, se llena de dudas. Imagino lo contento y atónito que estaría aquel adolescente que leía *Pere Goriot* sentado en la tierra del patio de su casa, hace cuarenta y nueve años. No lo creería, lo sé. Pero también sé que sí, que lo creería. Y de esa extraña paradoja entre la confianza y la desconfianza, surgió un día la decisión de sentarse a escribir.

ABILIO ESTÉVEZ,

Palma de Mallorca, octubre de 2017.